

***Domingo I* -ciclo C-**

Si verdaderamente caminamos tras las huellas de Jesús, en algún momento de nuestra vida, más tarde o más temprano, tendremos que afrontar la dureza y la expectación del “desierto”, lo que conlleva de tentación y, sobre todo, de opción: de auténtico compromiso con el proyecto del *reino de Dios*. El “desierto” no es solo un lugar físico, es también un estado de ánimo desde el cual tenemos la oportunidad de vivir un encuentro con nuestros sentimientos y deseos más profundos, y, desde ahí, conocer el *Rostro* de Dios volcado hacia nuestra indigencia: JESUCRISTO.

Textos: Deuteronomio 26, 4-10; Salmo 90, Romanos 10, 8-13; Lucas 4, 1-13

* El Libro del Deuteronomio (Segunda Ley), narra situaciones muy parecidas a las que se vivieron en el Éxodo…

Pero desde una dimensión aún más íntima. Se narran experiencias que encierran el encuentro personal y comunitario con el Dios que acompaña el itinerario del grupo salido de Egipto; un grupo sin más identidad que el ser gente errante, y de reconocerse enraizados en esa condición: *“Entonces tú dirás ante el Señor, tu Dios: ‘Mi padre fue un arameo errante…”.* Su historia es una historia de crecimiento en la lucha cotidiana desde la cual se tiene la experiencia de esclavitud y también de liberación. Una liberación que depende de ellos solo en la medida que aceptan la intervención poderosa del Señor, su Dios. Este doble reconocimiento de la realidad humana nos atañe a todos/as y a todos los pueblos de la tierra: somos seres *enraizados* en la historia y *abrazados* por la Trascendencia; pero no siempre sabemos conjugar estas dos dimensiones de nuestra existencia. El equilibrio anhelado llega cuando sabemos ponernos en actitud constructiva y comprometida con la historia, y de verdadera adoración *“ante el Señor, nuestro Dios”*.

* La vida del creyente es siempre vida itinerante: en camino, y, con frecuencia, en camino por un *desierto* desconocido, árido, y con horizontes irregulares. Lo importantes es, confiesa el salmista, saberse acompañados y sostenidos por el Señor, tanto en el gozo como en la tribulación.
* Pablo explica la dimensión íntima de la palabra que guía la historia: *“… está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón”.*

La Palabra no solo en los labios, también en lo más íntimo de nuestro ser. Desde esta intimidad se nos revela el sentido de la fe, que es *entrega* confiada a una persona concreta en la que se ha cumplido todo lo que los seres humanos anhelamos alcanzar: la eternidad en la trascendencia. Jesús, el Señor, nos hace entrega de su plenitud, alcanzada con su muerte y resurrección, sin reserva alguna. Siendo uno el Señor de todos, descubrimos que es realmente *“generoso con todos los que lo invocan”*. La generosidad (misericordia) de Dios en Jesucristo es lazo de comunión y de salvación para toda la humanidad, en él las diferencias no separan sino que enriquecen. Es tiempo de acoger el don y compartirlo, para eso nos prepara la Cuaresma.

* *“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto…”*

La aclaración del evangelista Lucas viene a recordar que Jesús de Nazaret no da comienzo a la etapa crucial de su existencia de cualquier manera sino “lleno del Espíritu Santo” y “empujado” por él. Como en los inicios del pueblo de la antigua Alianza, *Jesús “es llevado* (o empujado, arrastrado) *a través del desierto por la fuerza del Espíritu”* y mientras se adentra en ese lugar paradigmático, es tentado por el diablo. Dos realidades bien conocidas por nosotros. Conocemos la fuerza del Espíritu que guía nuestra existencia con una lucidez y determinación para la bondad y la misericordia que nos sobrepasa y nos hace sentir personas auténticas y serenamente gozosas; pero también sabemos lo que significa sufrir las embestidas del “diablo”: del que divide y nos divide.

El evangelio de este primer domingo de Cuaresma nos adentra, con Jesús, en las profundidades de esta paradoja humana: seres habitados por el Espíritu y fuertemente tentados por la fuerza del mal, representado en las tres tentaciones: del *placer* como objetivo último de la vida, del *poder* convertido en tiranía y vanagloria, y de la *idolatría* que pretende usar lo divino para alcanzar los propios intereses… Pero Jesús reacciona a cada una de las tentaciones con una rotunda afirmación de su entrega a Dios, al proyecto de Dios y a cumplir su voluntad. Jesús llama al diablo *“príncipe de este mundo”* y haríamos bien en escucharle y creer que existe, que, si le dejamos, puede imponernos sus normas y hacer de nosotros personas sometidas a su voluntad tirana, esclavizante y deshumanizadora.

Para afirmarnos como seres humanos, como personas dignas y llamadas a crecer cada día en lo mejor de nosotras mismas viviendo en el *señorío* *liberador* de Jesucristo, solo necesitamos optar con *determinada determinación*, como hace él, por negarle entrada en nuestro corazón y en nuestra vida a las zancadillas y tentaciones del *mundo*, como espacio dominado por las ambiciones que dividen al ser humano por dentro y a los seres humanos entre sí. Pero, ante todo, necesitamos entregarnos de corazón a Dios, dejándonos habitar por Él, y sabiéndonos habitando en Él. El mundo no tiene porqué ser dominio del mal, si nosotras y nosotros no lo permitimos. El mundo, como espacio de relaciones humanas dignificantes, tiene muchos motivos para ser reconocido como el *lugar* perfecto para la relación y el encuentro con Dios. El único merecedor de nuestra adoración y culto. La Cuaresma es tiempo propicio para discernir en qué “dominio esclavizante” o “Señorío liberador” queremos realizarnos como personas. Jesús nos ha mostrado el camino: la experiencia de “desierto” puede ser una experiencia fértil, si es experiencia del Espíritu.

***Trinidad León Martín, mc***